

espesura de las coscojas. Seguí las huellas de su bicicleta hasta donde me fue posible. El caminito terminaba bruscamente en un cortado cuarcítico desde el que se despeñaba una pedriza teñida de líquenes y sólo interrumpida por los retorcidos troncos de encina que emergían de sus inhóspitas entrañas. Pero de Ezequiel, de su bicicleta oxidada o de su galgo, ni rastro.

Estaba cansado. Tomé asiento sobre una de las grandes piedras que conformaban aquel mirador, mientras mis ojos vagaban atónitos por la severidad de los barrancos y por la llanura derramada bajo los ocres lánguidos del atardecer. Un atardecer que pronto se fundiría, en rojo y añil, con el horizonte. No pude entonces sino amar la belleza escondida de la tierra de mis padres y abuelos; de mi tierra: la Mancha...

Sentí la presión de una mano sobre mi hombro. Sobresaltado, me puse en pie, girando el cuerpo con una agilidad desconocida para mí. Fue entonces cuando le vi. A la ternura de su mirada recorriendo el temor de mis ojos, se añadió una sonrisa desbordada de franqueza con la que comenzó a hablarme mientras se sentaba a mi lado:

—Hola, chaval. Enhorabuena por seguirme hasta aquí, hasta el Mirador de los Barrancos. Yo acudo todos los días y sé que lo haré mientras viva. Por cierto, ¿cómo te llamas?

Nos hicimos muy amigos. El viejo Ezequiel se convirtió, durante el resto del verano, en el compañero que siempre había deseado tener. Y en un maestro formidable. El mejor. Y así, gracias a él, comprendí la necesidad de desentrañar los secretos que, celosamente, guardaban nuestras llanuras y sierras. Aprendí a diferenciar el lentisco de la cornicabra o la carrasca de la coscoja; memoricé antiquísimas aplicaciones curativas extraídas de las plantas que rodeaban nuestras vidas, como los beneficios diuréticos del brezo y del romero o el uso en el ganado de purgantes como el torvisco y la correhuela. No tardé en interpretar acertadamente las profundas heridas abiertas en la tierra por los jabalíes en su compulsivo afán por alimentarse, o los ásperos ecos del venado en celo durante la berrea de principios de septiembre. Me inicié en el laborioso arte —hoy casi olvidado— de trabajar el esparto y, durante las cálidas noches de agosto, invertí mis horas de insomnio en meditar acerca de la comunión ancestral gestada entre mula, noria, agua y Labrador. Hasta fui capaz, no sin esfuerzo, de identificar las apenas perceptibles huellas circulares de tantas horneras abandonadas en la sierra por los carboneros de hacía ya demasiados años.

El verano terminó y por lo tanto, también mi suerte. Tuve que regresar a mis clases en la ciudad; a la rutina de un nuevo curso. Me despedí de Ezequiel en silencio, con un fuerte abrazo y con la no disimulada impaciencia por retornar al pueblo en las ahora tan lejanas vacaciones de Navidad.

.....

Hacía frío. El viento del norte mantenía desiertas las calles y encendidas las estufas y chimeneas de las casas. Nada más llegar, bajé del coche, saludé a mis abuelos y corrí a casa de Ezequiel. Encontré su puerta cerrada. Llamé con insistencia pero nadie, salvo el